

poetas que, conscientemente, van a acercarse ahora, y de verdad, a la pobre, vejada y respetable realidad. La realidad de cada día entre los hombres: la poesía cotidiana.—RAFAEL SOTO VERGÉS.

FERNANDO QUIÑONES: *Historias de la Argentina*. Edit. Jorge Alvarez. Buenos Aires, 1966.

*«En el velón arde una sola llama y además está lejos, al otro lado de la alcoba, pero el hombre, más que sentirla, ha visto la mano de la mujer dispararse hacia su antebrazo y quedársele allí sin peso ni opresión, una cosa silenciosa y súbita blanqueando sobre la oscuridad del poncho, que ya él se ha echado sobre los hombros diciéndole sin mirarla: "me voy, María".»*

Apenas una palabra —«poncho»—, y colocada tan discretamente, usa Quiñones en estas primeras líneas de su nuevo libro para ir situando en un lugar la acción del relato inicial; más adelante, deslizará algunas otras —«montonero», «Alto Perú», «godo»— para irnos ubicando en el tiempo sin fechas engorrosas ni pesadas referencias históricas. Sin ninguna concesión, tampoco, al folklore, al color local o al detalle pintoresco, escollos generalmente insalvables para el viajero, el escenario y el momento del relato (la tierra de Salta, los años de la lucha por la independencia argentina) van apareciendo sin que el lector tenga conciencia exacta de cuándo y cómo le han sido sugeridos.

Del mismo modo, el protagonista, tan difícil de ser tratado narrativamente por su doble condición de prócer y de héroe popular, y apenas entrevisto en la primera escena del cuento que luego irá llenando con su sombra poderosa, será mostrado también sólo por reflejo, a través de los sentimientos que suscita en los otros, en María, en el Jujeño, su victimario y su víctima, en los hombres que lo siguen, en el ciego fervor que su persona y su caudillaje despiertan.

Sin una sola nota falsa, hasta el desenlace, de una economía ejemplar, y con una, diríamos, respetuosa sobriedad —como la de quien, moviéndose en casa ajena, tuviera el tacto de no mostrarse excesivamente informado— logra el autor español el sorprendente acierto argentino de este primer cuento del libro.

Pero, ¿es que Quiñones se mueve en territorio ajeno en sus *Historias de la Argentina*? Desde muchos años antes de conocerlo, éste era ya país suyo por derechos de afecto. Su caso —que recuerda al de Hemingway con respecto a España— nos pone frente al fenómeno del

artista, que, por una afinidad que se diría anterior, procede en una tierra extraña como si fuera propia, intuyéndola, sabiéndola; y a esa percepción no sólo no molesta, sino que hasta parece subrayarla, algún muy ocasional desajuste en los detalles.

¿Cómo explicar de otra manera la perfecta entonación de esos dos cuentos, *Mi general* y *Un proyecto de milonga*? Pues hemos de tener en cuenta que se trata, dentro del ambiente argentino, de los dos mundos más dispares que puedan darse: el del Norte, rico en tradición hispánica y en sangre india, y el del arrabal porteño, totalmente ajeno a ambas influencias. No hubiera sido ya poca hazaña para un escritor no argentino, con menos de una semana en Salta y apenas mes y medio en el Buenos Aires desde el que estas líneas se redactan, mover en esos escenarios una historia verosímil e «interna» (aunque uno de tales ambientes, el arrabal, hubiera sido largamente transitado por Quiñones en los libros de diversos autores). Pero Quiñones ha hecho más: ha vivido desde dentro dos modalidades de nuestro espíritu nacional tan difíciles de captar, por diversas e introvertidas, como la del Jujeño en *Mi general* y la del cuchillero en *Un proyecto de milonga*; ambas, creadas con arreglo a nuestro módulo trágico, se alzan tan vivas y enteras que se dirían autónomas. Además, el autor ha adecuado un lenguaje, el usual en él, muy rico, muy colorido, a la casi orgullosa pobreza del decir argentino. La prosa se adhiere dócilmente a la realidad que pinta: ligeramente barroca en el cuento salteño; despojada y directa en la parte del relato de *Un proyecto de milonga*; fluida, dúctil, en *La casa en El Tigre*.

Cuando, como en el caso de *La flor de Nogoyá*, sintió el escritor tal vez que no daría con el tono justo, ha obviado la dificultad recurriendo al arbitrio de contar la historia a través de un español con muchos años de residencia en el país.

En cambio, en *El ausente* no ha dado con el tono; el lenguaje suena levemente a falso; tal vez por el deseo de acarrear formas coloquiales que no le son propias. Este es, para mí, el menos feliz de los relatos; encuentro que el elemento fantástico aparece disociado de una realidad dada casi sin elaborar, en crudo. En todo caso, el lenguaje acentúa la impresión de historia sobrepuesta a un espacio que el cuento deja.

*La casa en El Tigre*, la pieza más ambiciosa del libro según propia confesión del autor, obliga a Quiñones a moverse en una zona más profunda, porque el personaje es mucho menos genérico y actúa también en un mundo mucho menos tópicamente argentino. La atmósfera está admirablemente lograda, sin elementos externos o casi. Integrada en ese fondo, indisolublemente unida a él, el autor, por medio de un

sutil tratamiento de los caracteres, va trazando una figura de mujer muy viva, muy real en su inestable perfil, y a través de ella, agudamente, todo un contexto social.

Quiñones tiene el don de crear en sus páginas seres vivos cuya lógica interior se nos impone en seguida, y es un narrador directo, efectivo. Pero posee además un campo visual amplísimo que le permite incorporar a sus historias mundos laterales, sin soltar jamás el hilo del relato ni dejar que pierda tensión. De modo tal, sus cuentos alcanzan una dimensión poco frecuente; si no temiéramos meternos en camisas preceptivas de once varas diríamos que algunos son, como *La casa en El Tigre*, casi microrrelatos.

Cierra el libro *Aeropuerto: 16,25*: el testimonio que, en nombre del adolescente que fue, rinde Quiñones al admirable *tejedor de páginas* que lo deslumbraran diecisiete años atrás, despertándolo en buena medida a su vocación y destino.

Autobiografía y ficción—la última en la indispensable dosis que permite la inclusión de este «pliego» entre los cuentos del libro—se mezclan en la historia. Borges aparece en ella como el maestro literario que es, y Quiñones no le regatea su admiración, pero también lo ve en sus debilidades, en sus distracciones, en sus tics personales, con filial y, a ratos, divertida ternura.

No sé de nadie, aquí o fuera, que haya dibujado un Borges tan verdadero, tan sin conciencia de su propio valer, tan conmovedoramente inerte frente a lo cotidiano. Todo el talento de Quiñones para captar lo humano, para registrar el mínimo temblor, para recoger el gesto, la entonación reveladora, toda esa finísima capacidad receptora que le permite después re-crear la vida, están aquí presentes.

Y no sobran en *Aeropuerto* las alusiones a sus experiencias porteñas porque de muchas maneras, como es justo que sea, las dos imágenes Buenos Aires-Borges se superponen y se confunden y potencian.

En la «Foja de cargos y descargos» con que termina el libro, Quiñones se refiere a su *cierto amor por el país y por sus cosas, amor con largo historial humano y literario: amor que, de no existir, hubiera permitido el habitual libro de viajes, pintoresco y huero, no uno de relatos, y que, en momentos, nos infunde la ingenua insolencia de creer que la Argentina es ya cosa propia*. Pero el lector de este libro puede dar fe de ello. La Argentina no es en estas historias mero escenario o anécdota, sino estilo, idiosincrasia, actitud vital. Un libro así sólo puede escribirse a través de una honda entrega cordial.—MARÍA ANGÉLICA CORREA.